oion que en aquella época predominaba a los españoles; y que aquí la causa de que se abandonaran conventos, y que muchas personas emigraran a puntos que creían más seguros, para prevenir aquellos males. Empero los invasores entrarán en la ciudad sin cometer tropelías ni desafueros; respetaron los templos que hallaron en uso para que se frecuentasen por los fieles; guardaron al bello sexo las consideraciones debidas; en lo general no se cometieron violencias ni atropellos; y si algunos por embriaguez no se les comprendía prontamente, lo que en su idioma querían dar a entender, ó por la superioridad de que se creían revestidos, hacían algún daño, empeñaban alguna ría, ó efectuaban algún acto indecoroso, ó de poca respeto, eran reprendidos ó castigados; tan luego como se daba queja a sus géneros inmediatos.

Bien es verdad que en algunos conventos, establecieron talleres y cuarteles; pero fué en aquellos que, encontrándolos abandonados, los creyeron más a propósito al efecto, segun en la época actual se ha verificado. También lo es, que hicieron algunos derribos para emplear los materiales en otros objetos; para lo cual se creían autorizados por el derecho de conquista; pero á trueque de ello, hicieron varias mejoras de que hablaremos en su lugar.

Por fin, puede decirse sin temor de aventurar ningún error, que la conducta que los franceses observaron a su invasión en Granada, y durante su permanencia en ella, fué en extremo más humana, más mesurada, más circunspecta, que la que los cristianos ejercían con los musulmanes á su entrada por capitulación, ó por fuerza en las poblaciones. Sigamos, pues, el curso de los acontecimientos.

El 19 de marzo de 1808 abdicó Carlos IV en su hijo Fernando VII, el que después marchó á Francia en clase de prisionero. Siguióse la memorable jornada del dos de mayo, que produjo la alarma general contra los franceses, alzándose todas las provincias para hostilizarlos. José Napoleón es proclamado rey de España; sigue la guerra y el ejército extranjero al mando de Du-
pórtico destruido en la batalla de Bailén. Nuevos y grandes ejércitos penetraron en la península capitaneados por el mismo Napoleón; arrasó y baten por todas partes a los españoles, y entraron en Madrid. Siguen los triunfos de aquel caudillo en las acciones de Vélez, Wals, Medellín, Almonacid y Ocaña; que en 1809 le proporcionaron estenderse hasta el Guadiana; mas quedó vencido en las de Villafranca y Talavera. Ya en 1810 se había apoderado de casi toda la península, multitud de guerrillas que se levantaron en los pueblos se declaran una guerra sangrienta; guerra de exterminio. Por dóquier eran sorprendidos y derrotados las numerosas columnas, que destacaban en su persecución, experimentando pérdidas horribles. En el país granadino se alzaron también varios guerrilleros, entre ellos Juan Fernández, (a) Caridad, conocido más bien por el alcalde de Olivar; el cual, habiendo quedado vencedor en muchos encuentros, llegó su nombre a ser tan temido de los invasores, que rehusaban empeñarse con él escaramuzas, y así tuvieron poco el sufrimiento de las ofensas. Este género de campaña, cuyos resultados son siempre desfavorables para la tropa organizada, puede decirse que mayor o menor encarnecimiento, hasta que desalojaron el territorio; en cuyo tiempo se sacrificaron innumerables víctimas en las aras de la ambición y los pueblos de este distrito experimentaron toda clase de calamidades. No dejó tampoco Granada de sufrir desgracias; la hambre, que es una de las mayores plagas, causó algunos estragos; pues hubo época en que el precio del trigo, además de estar caro, escindió en el mercado a quinientos reales la fanega; y en la misma proporción todos los demás cereales. Mas cuando esto sucedía, el gobernador de la plaza daba providencias energéticas, tanto para que se proveyese abundantemente la capital, cuanto para que el precio fuese arreglado y soportable a las clases indigentes. Esta policía que el gobierno francés desplegaba en favor del pueblo, es ciertamente la doble, así como sus activas disposiciones en la gran creciente que tuvo el río Darro en tiempo que aquél se hallaba en. Granada, y por las
cual es no hubo mayores desgracias, ni las pérdidas fueron tan considerables, como si una autoridad celosa no hubiese vigilado por los intereses del vecindario.

Igual actividad desplegó aquel gobierno militar para la seguridad del ejército y para su defensiva en caso de alguna alarma causada por el pueblo o por las tropas españolas; a cuyo efecto en la parte S. O. del cerro de Sta. Elena, ó sea Silla del Moro, se construyó una batería bastante extensa, que después destruida el día que la guarnición abandonó la ciudad, por la explosión de una mina que al efecto estaba preparada; del mismo modo que lo verificaron de cuantas fortificaciones habían levantado en la Alhambra; desde cuya época aquel alcázar quedó más derrotado que antes lo estaba.

Reseñando con la latitud que nos permite la extensión de nuestra obra, los principales acontecimientos que tuvieron lugar en Granada en tiempo de la dominación francesa, no debe omitirse tampoco que José Bonaparte, después de proclamado rey de España, vino a visitarla, y que su recibimiento se hizo con toda la pompa y ostentación que eran consiguientes a su clase y alta categoría. Habiendo visto cuánto digno de admiración se encierra en la ciudad morisca, durante los pocos días que permaneció en ella, quedó altamente complacido de todo, así como también de sus pintorescos contornos, y del bello trato de sus habitantes.

Concluiremos, pues, este capítulo, manifestando que los granadinos, luego que se convencieron de la falsedad de los rumores que habían corrido respecto a la caractería cruel, comportación detestable y irreligiosidad que se atribuía a los franceses, depusieron aquel temor de que estaban poseídos y estrecharon relaciones con ellos, se admitieron en todas las sociedades particulares, atrayéndose por su parte el amor y el agrado del bello sexo; por su finura, galantería y buen trato, que ahora les iban dando. Así, y hasta en el gobernador que había enviado el voto de guerra, encontraron un acogimiento de tal suerte que, como se dice en el monumento que allí se edificó en su memoria, hubo que poner en la base de la estatua una espada, para que la guarnición no se creyese un honor ser de allí expulsada, y que la vida de aquellos que allí nacieron y pasaron sus días continuos, a la tierra que les dio la vida.
CAPITULO LVI.


Establecida en Cádiz la regencia, se instalaron las corte en la Isla de León. el 24. de setiembre de 1811. lo cual reanimó, sobremanera, el espíritu público; contribuyendo también a ello los triunfos obtenidos por las armas españolas en las memorables batallas de Chiclana y de la Albuera. En 1812 se publicó la constitución formada por aquella asamblia, y en 1813, los franceses fueron completamente batidos en Vitoria y S. Marcial, de cuyas resultas evacuaron el territorio peninsular. Es destituido Napoleón en 1814, y entra en España Fernando VII. Una de las primeras medidas con que inauguró su vuelta, fue disolver los corte y derogar el có-
digo constitucional. Se restablecieron las órdenes religiosas y la inquisición, y principio una persecución obstinada y sangrienta contra todo el que profesaba ideas liberales.

El germén de estos principios se había diseminado en el suelo español; la invasión francesa había disipado en algún tanto las tinieblas en que aquellas ideas se hallaban enterradas; habían descerrado el velo que ocultaba los verdaderos, los legítimos dogmas políticos, que nacían con el ser humano, y se son tan innatos como sus mismas pasiones; a la invasión francesa, repetimos, por más que quiera argüírsemos en contrario, le debemos el desarrollo de nuestra cultura y civismo; de nuestra nacionalidad e independencia. Los españoles, que hasta entonces no habían probado el sabroso nectar que se desprende del árbol de la libertad, no pudieron menos de saborearlo con placer; y disipando la estupidez e idiotismo que tenían tan impregnados, les comunicó el trueque, valor y heroísmo, denuedo y decisión; así lo demostraron, pues, acontecimientos posteriores. Por ter en 1815 se pronuncia en favor de la libertad, y teniendo mal éxito su empresa, termina su vida en un cadalso. Laci en 1817 proclama la constitución, y muere fusilado. Granada, en fin, vé con dolor a sus hijos perseguidos, encarcelados, y próximas sus plantas a la escalinata del patibulo: empero, el supremo poder, el omnipotente Dios, que se dejó crucificar por dar libertad a su pueblo, y desde su trono de gloria veía tanta injusticia, tanta crueldad, lanzó sobre ellos un rayo de su misericordia, que, cual nube de humo que desvanece un furioso huracán, así disipó también los males que les esperaban, dejando ilusorias las esperanzas de sus verdugos.

En efecto, el año que dejamos citado se hicieron en Granada multitud de prisiones en personas que el gobierno sabía o sospechaba pertenecieran a sociedades clandestinas; todas ellas eran acomodadas, queridas, bienquistas y gozaban de buena reputación en la capital. Sus causas inquisitoriales se seguían con rapidez y energía; y próximas a su fallo, el memorável D. Ra-
fael del Riego; comandante de uno de los cuerpos, que formaban el ejército expedicionario de Ultramar, dio el grito de libertad, en las Cabezas de S. Juan, proclamando la Constitución de 1812. Este grito, secundado por la mayor parte del ejército y por varias ciudades, obligó a Fernando VII a dar a la nación aquel código. Granada recibió esta novedad con indescriptible entusiasmo y, vio en libertad, las víctimas que se preparaban para ser sacrificadas en holocausto al despotismo y a la arbitrariedad, mas aquellos, quienes aun continuaban rudas y agrestes, miraron con aversión una mudanza de gobierno, que estinguiera las órdenes religiosas y haciendo otras reformas, creían atacados de frente los principios religiosos. Mas este disgusto, este descontento, supo reprimirse y alzarse en un principio sin pedir prueba, ostensible, de él en aconselada su motivación; bien fue que, por no contarse en apoyo para poner en ejecución empresa tan arriesgada, bien porque las arredrarse la perspectiva denodada y marcial de los cuerpos de milicia nacional que se organizaron en los primeros meses del nuevo gobierno. Sin embargo, hubo algunas pequeñas alarmas que no alteraron la tranquilidad pública, pero sí que probaron la predisposición de aquellas parte de pueblo a un alzamiento en favor de la reconquista, como después se intentó, dando días de luto a Granada. En el año de 1821, principiaron a alzarse algunas partidas de facciosos, en Cataluña, Aragón y Navarra, que fueron derrotadas. Mas en 1822 aquellas se reproducieron, poniendo en gran cuidado al gobierno; la guardia real, proclama a Fernando absoluto, y la milicia nacional de Madrid tiene el triunfo de vengarla, el día 7 de Julio. Después de esta jornada, y apesar de su mal éxito, los facciosos, púlpulan en todas las provincias, y se empieza de nuevo una guerra civil en carnisada; en Granada también se intenta dar pábulo a ella. D. Juan del Campos, corregidor, que había sido...
a la cabeza de un puñado de imbéciles, se aproxima a la población con objeto de animar, a su partido, proclamando el absolutismo. El vecindario se alarma, la milicia nacional se pone en movimiento, y en breve se encuentra dispuesta para salir a batirlos.

En efecto, con noticia cierta del paradero de los rebeldes, y de que su proyecto era entrar, una noche, en la capital y cometer toda clase de escenas, salió una columna en su persecución; pero aquellos, noticiosos de ello, se diseminaron y huyeron, capturando únicamente algunos que otro desperdiço entre ellos a un ex-clausurado de S. Antonio. Abad, que, en clase de capellán acompañaba a la facción para animarla con sus exhortaciones. Estos prisioneros se pusieron para su custodia en la cárcel baja, y al día de corte, se condujeron otros sujetos, cuyos antecedentes políticos eran sospechosos, y con los cuales contaba el ex-corregidor Campos para consumar sus planes.

A este tiempo se había acordado una reunión en uno de los cafés de esta ciudad, con el título de Tertulia patriótica; pero, prescindiendo de dicho objeto, de su instituto, les fue necesario confesar que a la sombra suya se reunía aquel local, ciento número de mal llamados liberales, que siendo personas de una conducta oscura e inmoral, estaban prontos a servir de instrumento para la ejecución de planes maquiavélicos, cuyas tendencias fueran perniciosas y sanguinarias. El día del verano se hallaba a la cabeza de Capitán general de este distrito, De Pedro Villacampa, militar valiente, y cuyos antecedentes políticos eran bastante acrisolados; mas el genio de balé indujo a algunos revoltosos, que sin duda deseaban que sobrara Granada, y se formara un horro de ignominia, fijase en las armas en los sitios más públicos, en que se cometieran desencadenadas de muerte; a aquella autoridad militar y a otras personas, cuyo patriotismo era bien notorio. La aparición de ellos, agitándose de manera que
blo, y toda una mañana se notaron síntomas de disgusto en las masas, y particularmente en los que formaban las misteriosas reuniones del café patriótico. Continuó aquella corta agitación todo el día, hasta que mediada la tarde, grupos numerosos principiaron a recorrer la ciudad dando vivas a la constitución, pero sin que en ellos se notase el menor síntoma dirigido a cometer agresión alguna contra personas determinadas; mas cuando la noche se aproximaba, rompió el grito de «muéran los traidores.»

En este estado, pues, se tocó generalmente la milicia se reunió en sus cuarteles; y la escasa guarnición que había permaneció en los suyos aguardando órdenes de la autoridad. Mas entre tanto un grupo, compuesto de sujetos sin distintivo alguno de milicia nacional, se dirigió a la cárcel baja, se hicieron dueños del claustro de Osuna, e hiaciéndolo alevosamente, lo sacaron a la calle, previéndole marchase delante de ellos; pero como la gravedad de sus heridas no se lo permitiese, le hicieron retroceder y conducido a la enfermería, para que lo curasen los facultativos; recibió un terrible golpe de sable en la cabeza, con el cual dejó de existir. Consumado este horroroso atentado, se cometieron otros de la misma especie en el discurso de la noche, tanto en la cárcel, cuanto en la de corte, sin que las numerosas patrullas que circulaban por la ciudad pudiesen salvar algunas desgraciadas víctimas, a pesar de su decisión a ello; por cuanto tiros disparados de propicio intento en las estrecheces de la población las atrajan a diferentes puntos, retirándose los en que debían verificar los sacrificios. Este horroroso atentado cubrió de luto a vecindario, y a la mañana siguiente apareció la ciudad triste y sombría. Los perpetradores por entonces quedaron impunes, si bien más adelante sufrieron el condigno castigo.

Otro acontecimiento funesto, y que después dió a Granada días de llanto, tuvo lugar en la misma época. Se conductían por orden del gobierno para residencias en esta capital, varios reos, que se decía ser de estado. Fuerza de línea los escoltó hasta sus inmediacio-
nes en donde se hizo cargo de ellos un destacamento compuesto de caballería del ejército y de la milicia; el cual iba a las órdenes inmediatas de un encargado del capitán general, quien le habría dado precisamente instrucciones para la seguridad de los presos. Prescindiremos de cuales fuesen aquellas y de si los reos, algunos de ellos hijos de Granada, trataron o no de fugarse; dirémos si, que todos fueron fusilados, exceptuando uno que pudo salvarse. Este suceso, cuya responsabilidad quedaba a salvo en el mero hecho de que los presos intentasen la fuga, originó después, como en su lugar diremos, espatraciones y cadáveres en la época del terrorismo que se siguió a la caída del sistema constitucional que regía.

Algunas otras alarmas tuvieron lugar que fueron sotocadas brevemente, sin conmoción de sangre, ni resultados trascendentales, que no nos referimos por cuanto el pequeño volumen de nuestra obra no nos lo permite; pero sí dirémos que en aquel tiempo, la benemérita milicia nacional dio pruebas inequívocas de su patriotismo y adhesión al orden, que su exactitud en el servicio que se le encomendaba, era digna de aprecio, y que la unión fue su principal distintivo. Se compusieron de dos batallones uno voluntario, y otro que aunque se le daba el nombre de legal por que se organizó después del decreto que obligaba a pertenecer a sus filas a todo el que fuese apto para ello, estaba compuesto de personas decididas y patriotas, de un escuadrón de caballería, y de una compañía de zapadores bomberos, tan útil y tan necesaria como la experiencia tiene acreditado, y cuya primera organización se debe al digno y señalado patricio D. José María Ruiz Pérez, síndico que fue del Ayuntamiento Constitucional en la misma época.

Resuelto por la santa alianza que se reformase la Constitución y negándose a ello las Cortes, el duque de Angulema con un ejército de cien mil hombres, entró en España, en 7 de Abril de 1823, y sin casi resistencia invadió toda la península. Penetra hasta Cádiz, pone sitio a esta plaza, y Fernando VII obtiene su libertad, declarándose absoluto, tal como lo era antes de la proclamación del sistema Constitucional en 1820.
Gránada en esta invasión corrió la misma suerte que los demás pueblos. La entrada de los franceses en ella, pudiera bien parodiarse con la que hicieron en 1808. Grupos de ambos sexos, capitaneados por un eclesiástico, que cabalgando un róbin, tremolaba una bandera sin lema alguno, precedían a la columna expedicionaria, dando vivas al Rey absoluto y al ejército regenerador del despótismo. Las mujeres arrojaban al suelo sus mantillas, sus pañuelos, y los hombres sus capas, sus chaquetas para que los caballos las hollaran, como si con ello adquiriesen un mérito especial; la lápida, en que se hallaba esculpido el letrero de Plaza de la Constitución, fue destruida a balazos por aquellos satélites del oscurantismo y los insultos a individuos de la milicia nacional, o que estaban notados por sus ideas liberales, fueron crueles; sí bien el ejército miraba con horror estos actos de barbarie, reprendiendo a unos y maltratando a otros.

Por fin, el pueblo fanático y preocupado que en 1808 miraba a los franceses con aversion y aborrecimiento, en 1823 daba a los mismos vivas y aclamaciones, sin considerar que si en aquel año nos prodigaron civilización y cultura, en este nos arrebataron la libertad que disfrutábamos.
CAPÍTULO LVII.


Catedral de Cúllar.

Triste era por cierto el cuadro que Granada presentaba en los días siguientes al en que los franceses, verificaron su entrada; así como lo había sido también en los que precedieron a ella. El pueblo sensato se veía melancólico y abatido desde mucho antes de aquel infiusto acontecimiento; la milicia nacional se había disuelto por sí misma en su gran mayoría; el partido realista había cobrado cierto vigor, cierto desasco, que empleaba en dirigir insultos y amenazas a vecinos pacíficos por solo haber tomado las armas en defensa de la Constitución; por doquier cometía desafuerros y atropellos, qui-so hostilizar al último destacamento del ejército que en obsequio a la tranquilidad pública había permanecido en la capital y se puso en marcha pocas horas antes de la entrada de los franceses; viéndose ya tan acosado por multitud de personas que se titulaban, defensores, de la
religion y de Fernando, que por dos veces tuvo que volver caras y cargar a las turbas, haciéndolas retroceder a viva fuerza. Mayores aun fueron las tropelías que después se hicieron con los sugetos marcados por sus opiniones liberales, llegando a tal extremo estos desórdenes, que tuvo que tomar la iniciativa la autoridad francesa y poner coto a aquellas demaisias. Un batallon de voluntarios realistas, y una corta fuerza de caballería, eran todas las garantías que tuvo el absolutismo en Granada; si bien las suficientes para que el terror reinase en ella a todas horas, y hubiese un continuo desasosiego en las personas comprometidas en el abolido sistema, de tal modo, que no les era dado presentarse en ningún acto ni concurrencia pública, por no sufrir baldones y denuestos de un puñado de hombres inmorales.

Como quiera que el poder absoluto se sostenga solo con patibulos, siendo sus satélites el terrorismo y la arbitrariedad, comenzó a funcionar el tribunal de la Chancillería, instruyendo procesos por los motivos más insignificantes, a los cuales se les daba el carácter de importancia de que carecían, pero que convenía al gobierno. Restituyeron los frailes a sus conventos, devolviéndoseles todos sus bienes, para lo cual se despojó de ellos a compradores de buena fe con título legítimo, mas aquellos en renumeración a esta gracia, predicaban en calles y plazas a una plebe agreste y turbulenta.

También al tribunal de la Inquisición se devolvieron sus rentas aunque no sus antiguas y amplias atribuciones; de manera que sus empleados solo tenían el cuidado de la administración de sus lucas, el cobro de sus exhorbitantes sueldos y la formación de procesos, en los cuales no recaía otro fallo que la condenación a cárcel y destierro con la confiscación de bienes, que era la cláusula indolorable de todas las sentencias del círculo.

Un real decreto capético y forjado con el más sospechoso misterio, creó un tribunal para que en él se espontáneasen todos los que hubiesen pertenecido a sociedades clandestinas; dando algunas garantías a los que cumplieran con este mandato, mas el gobierno se reservaba obrar con todo rigor contra los que no lo verificasen.
sentido ambiguo de esta ley decidió a muchos a declararse por temor, faltando á los juramentos que tenían prestados, si bien en este mismo paso, dado sin prevision, hallaron la pena, pues desde luego quedaron imposibilitados de obtener cargos públicos, de optar á la terminación de sus carreras, y algunos sufrieron una persecución obstinada: no así los que rehusaron espontáneamente ninguno perjuicio les ocasionó su negativa, pues si algunos fueron también perseguidos e invalidados, fue en virtud de sospechas o citas que en sus declaraciones hicieron los espontaneos.

Se creó también una junta llamada de purificación; la cual acabó de invalidar á todo el que había pertenecido á la milicia nacional, ó había dado aunque pequeña, alguna muestra de adhesión al abolido sistema. Estos expedientes se concretaban á solo pedir informes á los curas párrocos, autoridades nuevamente constituidas, y algunas personas particulares, que por su bien acreditada opinión realista eran acreedoras á aquella confianza. De este modo, pues, se saciaron venganzas, se inutilizaron, declarándolos impurificados todos los sugetos que por su educación y conocimientos los creían perjudiciales á su causa; salvándose solo de este naufragio los que pudieron conseguir una gracia especial.

Se abrió un libro llamado Índice inverso, en el cual se anotaron todos los impurificados y sospechosos por sus opiniones independientes: estos estaban de continuo vigilados por la policía; no podían obtener destinos de ninguna clase; se les prohibió el uso de armas; y por último, en caso de solicitar pasaporte se le estendía con certa contraseña, á fin de que no cesase aquella vigilancia en las poblaciones en que pernocta-ba ó fuese á permanecer.

Tal era la desgraciada situación que se veía reducido el partido liberal en Granada; reuniéndose á la vez la continua zozobra de que algunos de los muchos que por diferentes motivos se hallaban presos, ó enemigos estrechos, hiciesen una cita ó delación falsa, en cuyo caso no podía menos de experimentarse los efectos de
la injusticia de un tribunal, que sólo obraba por espíritu de partido, y no en observancia de la ley. Así se verificó en el fallo de algunas causas notables, de que habremos una ligera reseña.

Procedió la Chancillería a instruir el sumario sobre los desgraciados acontecimientos de las cárcel, y del puente de Cubillas, de que hablamos en el capítulo anterior; las diligencias se practicaron con la rapidez que era consiguiente. Se habían preso aún antes de principiar la formación de las causas a varios sujetos que en realidad habían tenido parte en los sucesos de las cárcel, y otros por sospechas de ello; respecto a los fusilamientos en las inmediaciones de Cubillas, se hicieron vivas diligencias en busca de los nacionales de caballería que por orden de sus gejes verificaron aquel servicio; más emigrados unos, y ocultos otros, se libraron de las pesquisas de los satélites del poder absoluto, pero sí se reclamaron á sus repeticios cuerpitos los soldados que en el mismo concepto salieron de Granada á custodiar los reos. Hablaremos de una y otra causa separadamente.

El proceso de los asesinatos de las cárcel se instruyó con testigos escogidos y sus declaraciones fueron contestadas; mas nosotros en honor á la verdad, y siguiendo la voz general del pueblo, debemos manifestar que si bien algunos eran efectivamente acérrimos á la pena de muerte, otros no lo eran porque circunstancias particulares ocurridas aquella aciaga noche, su buena educación y la cortesía de su espíritu para escenas tan horrorosas, desmentían su complicidad. Recibida á prueba la causa, la hicieron algunos plenísima en favor de su inocencia con testigos de fe y crédito, otros quedaron convictos; empero todos criminales e inocentes en diferentes días fueron entregados á manos del verdugo.

Iguales á estos fueron los resultados de la causa instruida contra los infortunados soldados por el infausto suceso del río Cubillas. En vano alegaron en su favor la disciplina militar que les prescribía el cumplimiento de la órden del geje que los mandaba; en vano la or-
denanza militar, que no les dejaba otro camino que la observancia de aquella, o sufrir la grave pena de insubordinación; en vano, las deposiciones del reo que se fugó en el acto del fusilamiento, todas en favor de los desgraciados que se pretendía apareciesen inocentes; en vano, las activas y eficaces diligencias del mismo por salvar la vida a aquellos inocentes; todo fue inútil, la justicia quedó desairada y el fallo de muerte recayó para ellos y para los demás reos, en rebeldía. De estos fue preso uno pasado algún tiempo hijo de Granada; conducido a la cárcel se puso en capilla; más prevenido de maniobra un tóxico, en un cintillo, lo tomó oportunamente y fue víctima de él, por no serlo del verdugo su cadáver fue expuesto al público en el cadalso.

En años posteriores la apprehension de una reunión clandestina llamada por los realistas de masones, verdadera o supuesta, condujo al patíbulo siete sugetos bien establecidos y apreciados generalmente; sin que Fernando VII se dignase acceder al perdon impetrado por la madre de uno de ellos, cuyo alto rango le habla hecho pertenecer mucho tiempo á la servidumbre de palacio, antes de retirarse á un claustro de esta ciudad.

Para estas causas de invidencia se habia establecido un juzgado especial á cargo del alcalde del crimen D. Ramón Pedrosa, revestido de la vez del carácter de jefe de la policía, cuya circunstancia acabó de turbar el sospecho á los granadinos; pues de las arbitrarías pesquisas de esta y de los injustos fallos de aquel, nadie se hallaba exento, por muy arreglada que fuese su conducta y su comportamiento. Era secretario de este memorable tribunal D. Dionisio Puga, escribano de cámara de la Chancillería, cuyas ideas y sentimientos simpatizaban en sumo grado con las del memorable Pedrosa. El carácter de este ministro era cortés, pero falso, sanguinario e hipócrita; haciéndose temer en Granada de tal modo, que solo su nombre horripilaba; y era suficiente para arrebatar la tranquilidad á la más limpia conciencia. Sus persecuciones fueron continuas durante su ministerio; y sus sentencias justas o injustas, aprobadas por el gobierno.
 Entre los muchos procesos que formó contra personas de ideas liberales, se hace notable y digno de mencionar el de Don Juan Rumi, joven apreciable y de una decisión sin límites, por el sistema constitucional. Este desgraciado patriota que en los años de 1820 al de 1825 había pertenecido a uno de los colegios científicos de esta ciudad, y a la caída de aquéllas instituciones tomó plaza de soldado en uno de los cuerpos del ejército, como otros muchos, los verificaron y salieron á campaña; trabajó después incansablemente por contribuir á la restauración de la libertad española; mas sus esfuerzos fueron en vano. No nos detendremos en reseñar su biografía, por cierto de grande importancia; pero sí diremos, que sabedor el gobierno de Fernando de sus activas diligencias para derrocar el despotismo, lo espía para muy de cerca, buscando ocasión de su captura. Consiguió al fin en un barco turco, con credenciales de esta nación, y en traje de la misma, pero en aguas de España. Los relevantes servicios que el ministro Pedrosa había prestado y estaba prestando en pro del absolutismo, lo hicieron acreedor á que se le confisque la formación de causa á este reo, considerándolo como de estado: al efecto se condujo á Granada con buena escolta, y fue encarcelado en la de corte con las mayores precauciones. Estuvo incomunicado algunos días; mas después se le alzó la incomunicación, siendo difícil pintar las vivas diligencias que su juez práctico para identificar la persona; si bien el desgraciado próscrito, nunca confesó su verdadero nombre, ni el pueblo de su nataleza. Los registros que se le hicieron imprudencialmente de día y de deshora de la noche fueron numerosos, pero en ningún cogieron sus verdugos el fruto que deseaban. El infortunado Rumi vivía tranquilo con la esperanza de su libertad; mediante á que el pueblo extranjero á que pertenecía lo tenía reclamado vigorosa y reiteradamente.

De la cárcel de corte lo condujeron á una torre de la Alhambra, en donde algunos amigos y coreligionarios políticos le brindaron con los elementos necesarios para su fuga; mas él siempre los rehusó, por que descansaba en la confianza de que no era dable se quebrantarían los
pactos de los dos naciones que se encontraban en buena correspondencia. Luego que su incansable juez tuvo la causa ultimada y dispuesta para el sacrificio de su víctima, lo trasladó de nuevo a la cárcel, de donde sin notificarle sentencia de ninguna especie, fue conducido a Málaga en un carruaje, bien escoltado, y sin darle tiempo para despedirse de sus amigos, ni de su escasa familia que se hallaba en Granada. Allí le hicieron saber su fallo de muerte, que sufrió con el valor y resignación que en todos tiempos, en todas épocas han demostrado los que han hecho sufragar el despotismo por defender denodadamente las libertades patrias.

Otra de las causas memorables formadas por aquel juez insaciable de sangre y que puede considerarse como la última en que manchó sus manos fue la de Doña María Pineda. He aquí su biografía (1). Nació Mariana en Granada el día 12 de Agosto de 1804. Desde su más tierna edad fue el ídolo de sus padres Don Mariano, Pineda y Ramírez, natural de Guatemala; caballero de la orden de Calatrava y capitán de navío de la armada española, y Doña María Muñoz, vecina de Lucena. Se ha dicho:

Apenas tenía quince meses, cuando la desgracia que desde la cuna la perseguía, arrebató la existencia a Don Mariano, dejándola en la más desoladora horfandad, si bien bajo, la tutela de un tío suyo que después la renunció, haciendo recayérsela en Don José de Mesa, su dependiente.

Poco más de dos años tendría, cuando entró en poder de éste honrado tutor y de su esposa Doña Ursula de la Presa, quienes desde luego emplearon con ella un esmero sin límites.

A sombra de estas dos personas, que la amaban como a hija, creció Mariana educándose cual requería su ilustre nacimiento. Llegó a contar catorce años de edad, y ya reunía todas las dotes más interesantes, que hacen

(1) Se inserta literal y como el autor de esta obra la tiene publicada anteriormente, "Mariana y sus aventuras de estas páginas",
apreciables la del sexo. Presencia noble y majestuosa, ojos azules, pero de mirada penetrante y cariñosa; tez blanca, cual la nieve del Veleta; sonrosado el rostro como los celajes de occidente; rubio el cabello como el mismo oro; bellas, perfectos sus contornos; pura como el cefiro de la mañana; inocente, cual la tierna tortolilla; compasiva, bondadosa para con el desvalido: he aquí el conjunto de las gracia y hechizos con que naturaleza dotar a aquel ser sobrenatural.

«Belleza tanta, debió ser muy pronto el objeto en que el amor fijara su particular atención. En efecto, D. Manuel Peñalba y Valte, natural de Huesca, impresionado por criatura tan angelical, casó con ella en 9 de Octubre de 1819. Alegre y satisfecha, gozaba Mariana de las verdaderas delicias del amor en los brazos de su caro esposo; este disfrutaba de sus alhagos y ternura tranquila, y corrían días felices sin que el más pequeño contratiempo acibara aquella venturosa existencia. Pero juan fugaces, cuan cortos son los momentos de placer, para la criatura que ha nacido bajo la influencia del infortunio! Cuando este matrimonio se creía en el apogeo de sus goce; cuando la suerte les parecía más propia la parca cruel arrebatar la vida al amante esposo de Mariana. El día 12 de Mayo, de 1822, descendió al sepulcro D. Manuel Peñalba y Valte.»

«Imposible fuera por cierto explicar el quebranto, el dolor que en la infeliz viuda causara la temprana muerte de su esposo; su desconsuelo fue incomparable, y estuvo próximo a bajar a la tumba. Este golpe fatal fue presagio de mayores desgracias; desde aquel momento desaparecieron para ella la tranquilidad y el sosiego. Al poco tiempo perdió también a su caro tutor, cuyo acontecimiento no pudo menos de aumentar sus penas considerablemente.»

«Cuando el dolor causado por estas catastrofes oprimía aun su corazón, comenzaron sus persecuciones por los sitios del depósito, iniciándola como conspiradora, por cierta correspondencia sostenida con los liberales emigrados en Gibraltar, mas la infortunada pudo defenderse de esta acusación, y desvanecer los cargos.»
que se la hicieron, probándosele solo que por su conducta habían elevado a S. M. esposiciones algunos presos políticos de la cárcel de corte, efecto de la nobleza de sus sentimientos y generosidad de su alma.

«Es innegable; ella era el angel tutelar de aquellos desgraciados, a quienes prestaba todo género de auxilios y socorros; comprometándose hasta el extremo de proporcionar la libertad furtiva y cautelosamente a algunos de los que gemían en oscuros calabozos, esperando solo salir de ellos para subir al cadalso.»

«Aun se hallaba procesada y con la ciudad y arrabales por cárcel, cuando se principió la causa por el hallazgo en su casa de la bandera tricolor. La pluma más bien cortada no sería capaz de hacer un pequeño bosquejo de la alegría con la que se procedió en el diligenciado, e incidentes que se prepararon para que apareciese culpable. ... Mas corríamos un velo a ellos, y no recordemos hechos que solo aquellos tiranos forjar pudieron, impulsados por el interés y por la mas invidiosa venganza. Diremos si, que condenada á la ultima pena por un tribunal privado para conocer en las causas de conspiración, fue puesta en capilla, en la que conservó grandeza de alma y valor, incomparables y ajenos de su sexo. Durante su permanencia en ella, fue acometida para que declarase quienes debían alzar en Granada el grito de libertad, tomando por enseña la bandera tricolor que se le había aprehendido, ofreciéndosele á la vez el indulto sí así lo hacía. Pero Mariana, apesar del aparato de terror y de muerte que le rodeaban, siempre magnánima, poseída de virtuosa orgullo y de nobleza, se negó abiertamente a ello, entregando su cuello al verdugo, por evitar el sacrificio de otras víctimas.»

«Trascurrido habían cuarenta y ocho horas; el día de la catástrofe había llegado; los últimos momentos de su existencia se aproximaban, los dependientes de justicia y un piquete de tropa esperaban á la inocente viuda en la puerta de la cárcel. El cielo estaba encapotado; nubes tempestuosas vagaban sobre la población, y los vientos encontrados rugían hirisonos; el ruido del trueno se oía de vez en cuando en lo lejanas; las calles se hallaban
desiertas, y las pocas personas que transitaban por ellas tristes y asombradas. El liberal, el realista, la sensible doncella, el agovíaio anelano, el joven calavera; el sabio, el ignorante, todos, todos daban muestras de dolor y de indignación.

Por fin la desgraciada Mariana con un valor imposible y subida en una mula, con jamugas, marchaba hacia el campo del triunfo, siendo la admiración hasta de sus mismos enemigos. Vestida rigorosamente de luto, suelta su blonda cabellera, y repartidos con gracia algunos búclex, que ondeaban sobre su pecho, llevaba descubierto aquel cuello de niñez que debía ofrecer al ejecutor de la justicia. El sacó de baraja que ajustaba su cuerpo, y el birrete negro que cubría su cabeza, tristes insignias del criminal, formaban en ella cierto contraste que la hacían mas admirable.

"Reconciliése al pie del cadáver, que se hallaba, también en el mismo lugar, con la necesidad de apoyarlo; pocos instantes pasaron... Mariana había dejado de existir... sus verdugos consumaron su infame propósito, hollando la injusticia y la inocencia.

El día 26 de mayo de 1831 sucumbió esta heroína, digna por cierto de otra suerte.

Ahora, pues, añadiremos algunas circunstancias que no dejan de ser interesantes en las páginas de su historia. Después que se lo hizo el registro, se le aprehendió la bandera, le quedó la casa por cárcel, y para su custodia un alguacil. Pudo cierta mañana burlar la vigilancia de este argo, y fugarse con un traje, estando varias horas libres. Una criada, iniciada en el secreto, al correr noticia, manifestó que su señora se había escapado; aquel salió en su busca; precipitadamente, y sin darla tiempo para ocultarse, la encontró no muy retirada y la condujo de nuevo a su domicilio. Este desgraciado acontecimiento produjo el que se le trasladase al beaterio de Recogidas, como cárcel más segura, de donde un alcalde mayor le acompañó en un carruaje cerrado para entrar en capilla el mismo día en que esto se verificó. Aquella sirvienta infame, y que por cierto se hizo acreedora a sufrir los tormentos inventados por la ne-
La inquisición fue considerada generalmente como la delatora, probándole a la vez haber quedado absuelta por el tribunal; cuando otros de su clase que a la sazón tenían asalariados. Dona Mariana, fueron condenados a presidio y reclusión.

Se hallaba por este tiempo el Capitán General de Granada el noble conde de los Andes, que había demostrado algunas simpatías al partido liberal. Sospechoso Pedrosa de que pudiese haber algún movimiento popular luego que circulase la noticia de que su víctima se hallaba en capilla, reclamó de aquella autoridad fuerza armada; mas la contestación fue negativa, y comunicó orden a los comandantes de los cuerpos de ejército para que la tropa se acuartelase inmediatamente hasta nueva orden; y tanto aquel anciano como, cuanto la guarnición, se encontraban en tal sentido, que nunca hubieran hostilizado al pueblo; si este como se esperaba estaba dispuesto, se lanzase a costas de verter su sangre, a dar libertad y poner, en salvo a la desventurada Mariana; mas por un accidente desgraciado e imprevisto faltaron para ello ciertos elementos en los más precisos instantes en que debía darse el golpe, y que no nos es permitido revelar. Basta decir que reservadamente algunas masas populares se hallaban previamente armadas, ocupando ciertas avenidas para la evasión de la víctima, esperando solo la voz de alarma para poner en práctica su proyecto, que se estendía hasta el arriesgado paso de atentar contra la persona de su inhumano verdugo. Mas la fatalidad que seguía a la viuda de Peralta y Valde había ya decreta-
dado su muerte en público en las calles; en vano era oponerse a aquel decreto; en vano todas las diligencias que se practicaron en el discurso de solo cuarenta y ocho horas.

Con harto dolor ojeamos su causa, que se componía de muy pocas onzas; de ella, pues, no resultaba mas que la diligencia de registro y hallazgo de la bandera, que pudo muy bien introducirse por alguno de los satélites de Pedrosa; sus declaraciones negativas, algunas otras diligencias insignificantes, la aprobación de la
sentencia suscrita por el ministro Colomarde, y las contestaciones habidas entre aquel y el capitán general sobre el auxilio de fuerza armada, por la conducta que el Conde de los Andes observara en aquellas circunstancias, fué declarado en situación de cuartel. Voces y vagas, pero voces del pueblo que rara vez se engañan en sus sospechas y presentimientos, circularon en aquella época, presentando al ministro Pedrosa supeditado por una pasión frenética hacia la Pineda, que rechazada con honor y dignidad, produjo la maquiávica venganza de la bandera para conducirla al suplicio.

En fin, no habiendo querido interrumpir la narración de los acontecimientos políticos, concluiremos este capítulo recordando los aciagados días que en el año de 1826 corrieron en Granada á causa de los terremotos que se experimentaron: repetidos y horrorosos sacudimientos consternaron al vecindario, hasta el extremo de abandonar las casas, y establecerse en el campo, en la plaza del Triunfo y en la carrera de Genil, construyendo barracas y alzando tiendas de campaña para preservarse de la intemperie. Muchos días duró esta terrible plaga; pero por un singular favor del cielo no se contó desgracia alguna de importancia, fuera de la ruina de algunos edificios.
CAPITULO LVIII.

SITUACION DE ESPAÑA.—ANOMISTIA.—SE DESARMAN LOS REALISTAS.—MILICIA URBANA.—COLERA-MORBO.—CRECIENTE DEL RIO DARRO.—ALZAMIENTO DE 1835.—PRONUNCIAMIENTO DE 1836.—FACCIONES.—FUSILAMIENTOS.

Tan tristes y desastrosas como en Granada, eran las escenas que se representaban en todas las demás provincias de España; en todas se vertía la sangre inhumanamente; en todas, el partido liberal se veía perseguido y humillado. Comisionados especiales del gobierno, las visitaban de vez en cuando para aumentar la fatalidad de su situación, para que las persecuciones fueran más rápidas, más activas. Uno y otro, y otros muchos patriotas que habían acometido la grandiosa empresa de la restauración de la independencia nacional, habían sucumbido alevosamente y traideramente. Moreno, gobernador de Málaga, atrajo con la más inútil perfidia a Torrijos y sus compañeros; todos fueron pasados por las armas, y este horrendo asesinato se premió, confiriendo a aquel militar la capitanía general de Granada.
Empero un incidente inesperado puso, terminó a tantas demasías, a tantos males. Fernando VII fue atacado de una enfermedad peligrosa el año de 1832; Cristina su esposa toma las riendas del gobierno; concede una amplia amnistía, y cesan las persecuciones y los cadálgos; pero en Trueque Zumalacarregui, gobernador del Ferrol, niega la obediencia a la reina, y empiezan las conspiraciones carlistas. Por la muerte de aquel soberano ocurrida en 29 de Setiembre de 1833, se armaron las provincias Vascongadas en favor del infante D. Carlos. En el mismo año se proclamó reina de España a doña Isabel II y se desarma los realistas; en el 1834 se crea la milicia urbana, y se promulga el Estatuto real.

Mas a la vez que los españoles veían mejorarse, aunque muy paulatinamente su situación política; el cólera morbo había invadido la península, y el número de víctimas que causaba, era extraordinario. En Granada pues, se notó el primer caso a principios de Enero de aquel año; y sus funestos efectos tuvieron variada alternativa; experimentándose un período de reacción, en el cual; el terror y la pavor se apoderaron de los granadinos, a fin de junio y principio de julio.

Trascurrido algún tiempo, la atmósfera fué despejándose aunque lentamente, y Granada recobró su privilegiada salud. Otro acontecimiento de diferente naturaleza vino a perturbar, pasados algunos meses, el reposo de muchas familias. Una terrible tempestad que descargara dos leguas al O. de la ciudad, ocasionó una repentina creciente en el río Darro el día 28 de junio de 1835. Aunque esta fuera de gran consideración, no hubiera causado el estrago que sufrió parte de la población, si unos cuantos edificios, que se hallaban situados a la entrada de la Carrera de Darro, y sobre el cauce de este río, no se hubiesen desplomado simultáneamente sobre el, obsturyciendo la corriente de las aguas. Este incidente, desgraciado hizo, que aquellas se estancasen, y, rehaciendo por los paredones de la carrera inundasen las casas a una altura estremada; algunas personas, que habitaban abajo accidentalmente, se encontraban en los pisos altos, fueron víctimas de su confianza o de su negligencia para
ponerse en salvo. La impetuosa corriente se estendió por
la plaza Nueva, Zacatal, plaza de Bib-rambla, y carrera
de Genil; en cuyo curso causó cuantos destrozos es ima-
ginable; con especialidad al comercio, y en los almace-
nes de efectos estancados de la Hacienda pública, que se
hallaban situados en la misma carrera de Darro. Muchas
fueron las familias que tuvieron quebranto en sus inte-
reses, y varias que á la inversa, tuvieron la suerte de
que las aguas que anegaron sus casas se los depositaran
en ellas, apareciendo después algunas fortunas improvi-
sadas.
La tempestad que aquellos males produjera, pareció
cómo el presagio de otra tormenta que amenazaba. El
horizonte político se hallaba encapotado á causa de que
el gobierno no correspondía á las esperanzas y á los des-
deos del pueblo. Málaga fué la primera que en Andalucía
tomó la iniciativa contra él, en julio del mismo año. Gra-
 nada secundó el movimiento.
Reunida la milicia urbana en sus cuarteles, y de
acuerdo con la tropa de la guarnición, se hizo el movi-
miento con la mayor unión, con la mayor fraternidad.
Se creó una junta provisional de gobierno, se depusie-
ron las autoridades que no merecían la confianza pública;
y una brillante columna de la milicia de ambas ar-
mas se puso en marcha para la corte.
A imitación de Granada, verificaron el movimiento las
demás capitales y cambió el gabinete, entrando en él
que nuevamente se constituyó don Juan Álvarez y Men-
dizabal; sus primeros decretos fueron la extinción de las
órdenes religiosas, y el armamento de cien mil hom-
bres, para reforzar el ejército que seguía la campaña
contra las huestes carlistas. Con estas y otras medidas de
su espécie los pueblos recobraron su estado normal, y el
nuevo gobierno siguió sin entorpecimiento alguno por la
senda de las reformas.
Así continuaron las cosas hasta que en 1836, Gra-
da, á la vez que otras capitales de provincia, alzó el
grito en favor de la Constitución de 1812. Este movi-
miento no encontró en la fuerza del ejército el mismo
apoyo que el del año anterior. Reunida alguna parte de
la milicia nacional en el cuartel de artillería, establecido en el local de la ex-iglesia de Trinitarios Calzados, ocupó las avenidas de aquel punto, y dio los primeros vivas al código constitucional; pero esta alarma fue aislada, como provocada solo por un corto número de nacionales, a cuya cabeza se pusieron algunos jefes del ejército que se hallaban en situación de retiro.

Al toque de general los batallones de la milicia estuvieron reunidos en sus respectivos cuarteles, y el escuadrón de caballería en el punto que al efecto tenía designado. No dejó de notarse alguna oposición de parte del capitán general y la tropa de la guarnición; pero arregladas las diferencias, aquel se retiró, y se terminaron todos los síntomas hostiles. Restablecido el sosiego, la milicia depuso las armas en las altas horas de la noche, reuniéndose de nuevo para el nombramiento de junta de gobierno. Este se verificó después de vencer graves oposiciones, y comenzó a funcionar en aquel mismo día, hasta que la reina gobernadora juró la Constitución proclamada por las provincias.

Después de estos sucesos, consternó extraordinariamente a Granada la invasión que los facciosos al mando del general Gómez hicieron en Andalucía. Por las autoridades se tomaron las providencias oportunas para el sosten del orden y de la tranquilidad pública de la capital, entre las cuales lo fueron la concentración en ella de toda la milicia de la provincia; y la salida de una columna de doscientos caballos, que la componían, dos compañías del escuadrón de Granada; una de Loja y otra de Alhendín; cuya fuerza permaneció estacionada en el Campillo de Arenas y Alcalá la Real, hasta que el general Alaix que mandaba la división que perseguía a los facciosos, la mandó retirar. En esta época se fusió a D. F... Montalvo, por haberse justificado su connivencia con Gómez, y a varios presos de la cárcel de corte que intentaron su fuga.

Granada después corrió la suerte ya pródiga, ya adversa; que los diferentes gabinetes que se hicieron cargo progresivamente de las riendas del gobierno, prodigaron a toda la nación.
CAPÍTULO LVX.

PRONUNCIAMIENTO DE 1840. — ALZAMIENTO DE 1843.

El pronunciamiento de 4.º de Setiembre de 1840, fue secundado por Granada con el mayor orden y circunspección.

El 26 de Mayo de 1843 un batallón de Asturias que guarnecía a Granada, levantó el estandarte de rebeldía contra el regente, y la milicia siguió el movimiento; si bien una inmensa mayoría lo verificó más por fuerza de grado, más por compromiso que por propio estímulo. Se proclamó independiente del gobierno de Madrid, y se constituyó una junta provisional, compuesta de personas de diferentes matices políticos, y que después acató las órdenes del ministro universal. Dicen aquellas medidas análogas a estos casos, obró en consonancia a las exigencias de sus comitentes, y sacó en parte su ambición; pero pronto se apoderó de ella el desorden y la desunión. Una división al mando del general Álvarez y de orden de Espartero, se aproximó a Granada para sofocar el alzamiento, y Granada se consternó. Hubo varias conferencias sobre el particular, pero infructuosas, y aquel general principió sus operaciones de sitio. La junta estuvo disuelta algunas horas por divergencia en las opiniones de sus individuos; la revolución fracasó absolutamente; y acaso aquella no se
hubiera reorganizado, acaso esta no hubiera recobrado su vigor, si el pronunciamiento de Málaga no les diera nuevo aliento, nueva vida.

Como hemos dicho, el ejército comenó sus operaciones de sitio; mas pronto las suspendió, y observó una completa inacción; en cuyo tiempo se adoptaron en Granada cuantas medidas de defensa se juzgaron convenientes.

Dividida la milícia nacional y el pueblo, cualquiera tentativa hostil del general Álvarez, hubiera producido resultados favorables á sus miras; así como por aquella misma desunión surgieron compromisos que nos abstendremos de referir por no entrar en personalidades.

Por fin, la pasibilidad del general en jefe de la división que nos hostilizaba, hizo que el gobierno lo relevase, nombrando en su lugar á D. A. Vanhalem, quien luego que se hizo cargo de ella, activó el cortejo, y lo estrechó en la manera posible, esperando solo la orden del regente para entrar á viva fuerza en la capital.

Durante la permanencia del ejército en las inmediaciones de la ciudad, fueron reiteradas las alarmas que hubo en ella. La campaná de la Vela anunció una y muchas veces que había llegado el momento en que las tropas se aproximaban para su entrada, y el terror y a pavor se apoderaba del vecindario; los nacionales y la po ca fuerza de la guarnición corrian á ocupar las posiciones que cada cual tenía señaladas en las avenidas de la capital. El mas pequeño movimiento de la fuerza sitiadora, la mas leve noticia vaga e insignificant, eran suficientes para que la esfervescencia llegase á su punto mas culminante; pero aquella hora no llegó; por orden expresa del regente se retiró el ejército cuando menos se esperaba; el batallón de Asturias y los cuerpos pronunciados cogieron los laureles de la victoria.

Mas no terminaron por esto los conflictos; otros nuevos surgieron en los días siguientes. La aproximación del general Concha, que habiendo desembarcado en Málaga se dirigía a Granada, ocasionó altercados escandalosos en el seno de la junta de gobierno. Parte de sus individuos estaban propícios á permitirle la entrada, parte de-
cididos por la negativa; y a todo esto, aquel general que ya se encontraba en Alhama, había emprendido su marcha para la capital; pero habiendo resuelto por fin la junta que no se recibiese en ella, después de acalorados y comprometidos debates, se le ofició, haciéndoselo así entender, y suspendió el viaje. Pocas horas después ya se había resuelto lo contrario, llegando al fin el día en que pisase su suelo; desde donde salió para las provincias del interior.

Después de estos sucesos trascendentales, resintimientos entre los granadinos, y la marcha del gobierno crearon los elementos para una reacción. Algunos síntomas de ella que aparecieron en diferentes ocasiones se sofocaron, ya porque eran prematuros, ya porque las circunstancias no eran las más a propósito. El mas ostensible se verificó una noche de los últimos días del mes de Setiembre del mismo año; en la cual, algunos tiros disparados por mano oculta á multitud de personas que se hallaban reunidas en la plaza del Campillo, causaron tal alarma, que tomando la iniciativa algunos individuos de la corporación municipal se celebró una junta numerosa para convenir en los medios de contener aquellos desmanes; mas la divergencia de pareceres no produjo resultado alguno.

El día 5 de Octubre se tocó generala por la milicia nacional, en cuyo acto ocurrieron algunas desgracias, derramándose la sangre de sus individuos por la tropa de la guarnición; pero sin embargo, aquellos mas decididos de los tres batallones, se presentaron á la llamada en el cuartel del Carmen, entre ellos algunos jefes y el subinspector de esta provincia. En este estado de alarma, el regimiento del Rey se acampa en la Carrera de Genil, en donde se incorporó la fuerza de caballería que se encontraba acuartelada en el de Bib-taubín, tomando ambos cuerpos una actitud hostil.

Rompíose al fin un vivo fuego entre la tropa y la milicia; y los cazadores del Rey intentaron llegar hasta el cuartel en que se encontraba aquella, pero solo dos individuos parapetados con el paredon del puente del Alamo, los contuvieron por largo rato, sosteniendo un con-
tinuado fuego; mas ocupadas por granaderos de línea las casas que dominan aquel puente, se vieron en la necesidad de retirarse.

Sin este inconveniente ya, se continuó un fuego nutrido desde dichas casas y Puerta Real, que sostuvieron vigorosamente por su parte los nacionales desde el cuartel. Duró hasta las cuatro de la tarde, si bien se suspendió por algunos momentos y median algunas tréguas para intimarles la rendición, que desecharon por dos veces. El capitán general, de quien Granada no pudo quejarse en aquel aciago día, permaneció en la Alhambra durante las hostilidades; y se opuso con energía a los proyectos del segundo cabo que eran por cierto desastrosos y sangrientos.

A la vez que se sostenía tan encarnizada liza en aquel punto, varios nacionales la sostenían igualmente desde los portales y bocas-calles de la de S. Matías con los granaderos que se hallaban en el Campillo, sin permitirles ganarse un solo palmo de terreno; de cuya manera la tropa tenía llamada la atención a dos parajes importantes, por la obstinada defensa que en ellos se hacía.

Las horas trascurrían, el fuego cada vez más vivo, el corto número de nacionales que lo sosténian, y que aca-so no llegaba a doscientos, cada vez se encontraba más decidido y entusiñamado; el sol tocaba a su ocaso; la noche iba a tender su negro manto; hé aquí, pues, el conflicto de la autoridad militar. Ya se habían bajado de la Alhambre hachas de corte, escalas y otros efectos; ya ex-convento se hallaba cercado; ya se preparaba el asalto; pero antes hubo una trégu, en la cual se dió el último paso de salvación. Acordóse por los jefes e individuos invitar al Ayuntamiento, para que en corporación, y con toda la pompa posible se dirigiesen al cuartel por los parajes mas públicos. Este acto, harto significativo, hubiera producido buenos efectos; pero causas que nos abstendremos de referir, lo dejaron ilusorio.

En tal conflicto los sitiados, sin esperanza de ser socorridos, y estenuados por la falta de alimento en todo el día, se decidieron a una capitulación honrosa, á que el general accedió, permitiéndoseles salir libres y con sus
armas. Así se verificó al fin de la tarde, y se restableció el sosiego; pero un sosiego mezclado con luto y lágrimas.

Hemos hecho una circunstanciada relación de aquel acontecimiento en su parte más interesante, no estendiéndonos a reseñar algunos hechos aislados que también tuvieron lugar, por no ser difusos; y la concluiremos manifestando que por parte del pueblo solo hubo que lamentar la desgraciada muerte de dos nacionales en la calle de la Duquesa, y la de D. Juan Ramón Baena.

Al día siguiente un ayudante del segundo cabo y dos granaderos de línea recogieron algunas armas y se hicieron algunas prisiones que no tuvieron éxito desagradable, siguiéndose á esto el desarme general de la milicia nacional, el cual se verificó en Granada con el mayor orden.

El año de 1847, con motivo de la carestía del pan, hubo una conmoción, cuyos primeros síntomas fueron de bastante gravedad, pues llegó á correr la sangre por imprudencia de algunos sujetos que debieron ser más medidas y prudentes; pero por fortuna tomó parte el sexo femenino, y ya en este caso, sólo se presentaron escenas jocosas y ridículas, con las cuales se terminó felizmente alarma, que dió por resultado la baja de precio de aquel artículo de primera necesidad.

Ahora pues, debemos consagrar algunas líneas á un suceso que no puede menos de honrar á Granada. Tal es el enlace de doña María Eugenia de Guzmán y Portocarrero, condesa de Teba, con Luis Napoleón, emperador de Francia. La emperatriz hoy de los franceses es nacida en Granada, descendiente de Guzmán el Bueno, y de Luis Fernández Portocarrero que tantos y tan relevantes servicios prestó, según dejamos consignado en el discurso de esta historia contra los moros de Granada, de los Pachecos, maestros de las órdenes militares de Alcántara y Calatrava; de los Leyvas que, desde el siglo XII, tanto se señalaron en las grandes empresas que forman parte de las glorias españolas; de los Enriquez, a cuyas familias perteneceon las Juanas, illustres reinas de Aragon y Navarra; y en fin de aquella esclarecida camarista á quien Isabel la cató-
lica dispensaba toda su amistad y confianza; pudiendo bien asegurarse, que María Eugenia, respecto a su carácter amable y bondadoso, y á sus dotes de ánimo resuelto y elevado, es un fiel dechado de aquella escelsa soberana. Granada debe sin duda congratularse por este acontecimiento, Granada debe felicitarse, á la manera que las antiguas ciudades de Itálica y Couca se vanagloriaban por haber sido cuna de los grandes emperadores Trajano y Teodosio. Llor á Granada que ha llegado á conseguir ornarse con tan singular aureola, uniendo á sus timbres esta nueva gloria.

El movimiento político de 1854, fué asimismo secundado por los granadinos con la sensatez y cordura que les caracteriza.

Por último, tocamos al fin de nuestra historia, teniendo el sentimiento de que él sea un suceso triste y lamentable, que por muchos días tuvo contristado al vecindario de Granada. En los últimos meses de 1854 el cólera-morbo invadió por segunda vez su suelo, causando estrago y desolación, pero con mucha mas benignidad que en 1834. Su rigor aplacó después de algún tiempo, si bien tan fatal enfermedad no desapareció de un todo; pues se observaban casos repetidos, con alternativa varía en sus resultados, ya de muerte, ya de completo restablecimiento de salud.

Así continuó el cruel azote hasta el 27 de junio de 1855, en que se desenvolvió nuevamente de la manera más espantosa. El número de defunciones ocurridas en los setenta y nueve días que la terrible enfermedad afligiera al vecindario, desde aquella fecha hasta el 13 de Setiembre en que se declaró la sanidad, fué el de 3389 y 47,000 en la provincia. Durante esta triste situación, la Reina de España D.ª Isabel II, la Emperatriz de los franceses y muchos vecinos de Granada, dieron pruebas de su filantropía y sentimientos humanitarios, prestándose espontáneamente al socorro de la necesidad y de la miseria.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.
SEGUNDA PARTE.

PARTE TOPOGRÁFICA, DESCRIPTIVA Y ARQUEOLÓGICA.

Bajo dos puntos de vista puede considerarse a Granada, a saber: Granada cristiana y Granada árabe: vamos pues a tratar de ella en ambos conceptos, dando el primer lugar a Granada cristiana, a fin de que Granada árabe sea un tratado independiente, que pueda servir de guía al viajero que quiera visitar sus monumentos.

GRANADA CRISTIANA.

Para dar toda la claridad posible a este tratado, lo dividiremos en tres partes; 1.ª Granada considerada como provincia; 2.ª como capital; 3.ª sus contornos: pero antes, remontándonos a tiempos primitivos, describiremos el país granadino, por considerarlo no solo útil, sino necesario para la mejor inteligencia de la historia que dejamos reseñada en la primera parte de esta obra, y descendiendo hasta la invasión africana, cuya época,
como hemos dicho, formará un tratado separado; conti-
nuaremos, después de su conquista por los reyes Cató-
licos hasta el presente, en que ya entraremos á hablar
de ella, con arreglo á la división que dejamos arriba
indicada.

ILIBERI.

El país granadino ó sea iliberitano, como lo llamarémos
hasta la invasión de los árabes, se hallaba en la región
turdula, en la Bética, y su ciudad capital, que le daba
nombre, era Iliberi. Comprendía aquella región, casi
todo el territorio de las provincias, hoy de Granada y
Málaga, y la parte occidental del reino de Jaen; y con-
finaba por E. con los oretanos: por S. con los béstulos y
célticos; y por O. y N. se internaba en las provincias de
Sevilla y Córdoba. Los turdulos eran oriundos de los
tardetanos; se contaban en su comarca algunos pueblos
ricos, y mas cultos que los demás de la península, sin
que por nuestra parte les concedamos aquel grado de
civilización que les dieran algunos historiadores anti-
guos, por cuanto estando colindando y circunvalados
por pueblos salvajes y belicosos, que aun rechazaban
toda clase de civismo, no era dable que ellos hubiesen
hecho grandes progresos, ya por el continuo trato con
aquellos, y ya por que no se comprueba semejante ase-
ción con adelantos en las artes, en las ciencias ni en la
legislación.

Es consiguiente si, que luego que los fenicios pene-
traron en nuestro suelo, principiasen sus adelantos de
cultura. Establecieron varias colonias, y á ellos se atri-
buye la fundación de Iliberi, según la general opinión.
El lugar de su situación ha sido uno de los puntos más
controvertidos; pero descubrimientos recientes apoya-
ron la opinión ya admitida, de que se hallaba situada en
la planicie de la vega que media hoy entre la sierra de
Elvira y el río Beyro. La otra opinión de que se encon-
traba en la alcazaba, se encuentra enteramente desvir-
tuada, y aun los promotores de los descubrimientos hechos en aquel parage el año de 1754, que hasta supusieron en él la existencia del templo en que se celebró el concilio ilibertiano, fueron procesados; y el 29 de abril de 1777 se quemaron públicamente todos los plomos y pergaminos, que dijeron haberse encontrado en las escavaciones.

Prueban cuanto dejamos dicho la carta del marqués del Grimaldi dirigida al Reverendísimo Padre Maestro Fray Enrique Florez, y la contestación de este, que copiamos a continuación. «La adjunta descripción o noticia de los monumentos que se van desenterrando en la alcazaba de Granada, ha sido presentada al rey, solicitando su patrocinio para publicarla, y continuar las excavaciones necesarias. S. M. desea proteger todos los trabajos que puedan dar lustre á la nación; pero antes de empeñarse en este negocio de la alcazaba, quiere cerciorarse de la identidad, para no exponer su nombre á la crítica de las naciones; y por tanto me manda remitir á vuestra Reverendísima el proyecto y el libro presentado, para que como instruido de las materias de cradición y antigüedá, me diga lo que siente, así sobre la autenticidad de los monumentos, como sobre la utilidad de publicarlos; y si será conveniente gastar el dinero en hacer nuevas excavaciones. Vuestra Reverendísima, con su acostumbrada ingenuidad me diga el juicio que forma del autor de la descripción y de lo que de él se puede esperar, teniendo presente para todos los varios lances, impugnaciones y apologías á que han dado motivo los referidos descubrimientos; lo que no ignora vuestra Reverendísima, habiendo hecho tanto estudio en estas materias. Dios guarde á vuestra Reverendísima muchos años. Madrid á 3 de diciembre de 1764. —El marqués de Grimaldi—R. P. Fr. Enrique Florez.»

«Mi señor: he reconocido los adjuntos pliegos, que V. E. se ha dignado remitir de orden de S. M. para que declare mi sentir sobre los descubrimientos de la alcazaba de Granada, y proyecto ofrecido de la solicitud de la real protección, y para no fatigar la benigna atención de S. M. puede V. E. asegurar, que aunque dichos des-
cubrimientos repongan en realidad fabrica y monumentos antiguos de la gentilidad; todo lo eclesiástico y sagrado es fragedo en la misma oficina que lo empezado á descubrir en el año de 1595, contradecido por los hombres eruditos de España, y fuera de ella, que instruidos por la antigüedad, prontamente desconocieron la invención; y no tengo duda alguna en que los doctos, que no sean andaluces y en especial los no criados en Granada, formará el mismo concepto de los descubrimientos modernos, que de los antecedentes, recibiendo á estos con el mismo desprecio que á los primeros. Yo á lo menos no puedo formar otro dictamen en mi conciencia, y estrechado por mi juez soberano á que manifieste mi sentir, estoy obligado á confesar, que el augusto nombre de S. M. inmortalizado en la protección de los monumentos de Herculano, no se debe esponer al ludibrio de las naciones; y que la España recibirá en el fomento de las cosas de la alcazaba grave injuria entre los hombres de letras de la Europa. Tal vez hablando con el maestro Sarmiento, benedictino, deseamos una poderosa mano, que muy lejos de proteger estos inventos, los mandase extinguir, diciendo el mencionado que hartas ficciones y mentiras tenemos.—Este es, señor, el dictamen que al cabo de mis estudios en la antigüedad tengo formado en la materia. Este el que me parece formarán los extranjeros (pues todos tenemos un mismo y un solo original de la antigüedad en sí misma). Este el general fuera de Granada, donde el amor á la patria, ya arraigado, disculpa en las preocupaciones concebidas desde el fin del siglo decimo sexto: y donde aun los sugetos mas hábiles (cual juzgo al del proyecto) se ven como precisados por el amor á la patria á estudiar, no tanto en discernir, cuanto en apoyar lo doméstico.—Doy mil gracias al cielo por el celo y benignidad que ha infundido en nuestro católico Monarca, para mirar en todo por el mayor bien de la nación: pero con todo mi corazón, y con la imparcialidad que parece corresponde en el asunto, deseo no proteja invenciones mas dignas de un perpetuo silencio ó esterminio, que de su augusto nombre. Así lo siento, besando los reales pies, y rendido á las órdenes de
V. E. como devoto siervo. — Fr. Enrique Florez.

Con estos documentos, creemos quedarán desvanecidas las pretensiones que aun en el actual siglo han propendido a probar que la antigua Iliberi estuvo situada en la alcazaba.

Aquella población que no se hallaba amurallada, se encontraba expuesta a los desastres que muchos años después de la invasión africana, produjeron las continuas guerras que se agitaron en nuestro país, y he aquí el motivo de que sus habitantes la abandonaran, trasladándose a Granada, en donde estaban al abrigo de sus incursiones. Inhabitados sus edificios, se fueron destruyendo con el tiempo, y por consiguiente desapareció su grandeza, de tal modo que al principio del siglo diez y seis estaba reducida a una población insignificante aneja al lugar de la Atarfe.

INSCRIPCIONES Y MEDALLAS CORRESPONDIENTES A ILIBERI.

INSCRIPCION.

ILLIB. VESP. IN. HON.
HIEROS. BELL. DE.
LET. GEN. HUMAN.

Iliberia en memoria de la hazaña que Vespasiano ganó en la guerra de Jerusalen, de la alegría del género humano.

INSCRIPCION.

IMP. CÆS. M. AVR.
PROBO. PIO. FELICI. INVICTO.
AUG. NUMINI,
MAIESTAQUE.
DEVOTUS.
ORDO. ILLIBER. DE.
DICATISSIMUS. D. P.
El cabildo iliberitano devoto y muy dedicado a la deidad y majestad del emperador Marco Aurelio Probo Cesar Augusto, Piadoso, Venturoso, Invencible, le puso y dedicó esta estatua:

Inscripción.

FURIAE. SABINÆ.
TRANQUILINÆ. AVG.
CONIVGI.
IMP. CÆS.
M. ANTONII. GORDIANI.
PII. FEL. AVG.
ORDO. M. FLOR. ILLIBERITANI.
DEVOTUS. NN. MINI. MAIESTATIQUE.
SUMPTU. PUBLICO. POSVIT.

A Furia Sabina Tranquilina, Augusta muger del emperador Cesar Marco Antonio Gordiano, Pio, Feliz, Augusto, el orden del Municipio Florentino Iliberitano devoto a la Potencia y Majestad, erigió esta estatua á espensas del público.

Inscripción.

FLAVIÆ. VALERIÆ.
TRANQUILINÆ. AUGUSTÆ.
CONIVGI. IMP. CÆS. GORDI.
PII. FELIC. AVG.
ORDO. M. FLOR. ILLIBERITANI.
DEVOTUS. NUMINI. MAIESTATIQUE.
SUMPTU. PUBLICO. POSVIT.

A Flavia Valeria Tranquilina Augusta, muger del emperador Cesar Gordiano, Pio, Feliz, Augusto, el orden del Municipio Florentino Iliberitano, devoto á la potencia y majestad, erigió esta estatua á esperanzas del público.
El adivinado cabildo de Ilibería dedica esta memoria á la deidad y Magestad del emperador Cesar Marco Aurelio Probo, Pio, Feliz, Augusto.

MEDALLA DE ORO.

En el anverso.

RECCAREDVN RE.

En el reverso.

LIBERI. IVS.

Recaredo rey piadoso, en Iliberí.

MEDALLA DE ORO.

En el anverso.

WITTIRICVS. RE.

En el reverso.

PIVS. ELIBERII.

Witerico rey Pio, en Eliberri.

MEDALLA DE ORO.

En el anverso.

GUNDEMAR. REX.

En el reverso.

PIVS. ELIBERII.

Gundemaro rey Pio en Eliberri.
En el anverso. SISEBUTVS. RE.
En el reverso. PIVS. ELIBERRI.
Sisebuto rey piadoso en Eliberí.

MEDALLA DE ORO.
En el anverso. SVINTILA. REX.
En el reverso. PIVS. ELIBERRI.
Suintila rey piadoso en Eliberí.

MEDALLA.
Anverso. ELIBERRIS.

Tiene en el anverso una cabeza, y en el reverso una esfigie. Corresponde a los romanos; debiendo notarse en todas estas medallas la diferencia en el nombre de Iliberi, por cuanto los godos corrompieron este vocablo mudando la I en E.

ILLIPULA.

Varias han sido las opiniones sobre el lugar en que hubiese estado situada la antigua Illipula, unos han creído sehallase en las inmediaciones de la Sierra de Elvira; otros en el parage en que se encuentran hoy las Pulianas: y otros, á nuestro entender con sobrado fundamento, en el cerro en que se erigió la colegiata del Sacromonte. Monumentos auténticos e irrefragables obran en pro de este parecer; tales son las láminas martiriales que se encontraron en él, y que hemos copiado en el ingreso de la historia. En ellas se dice fueron martiriza-
dos san Cecilio y sus compañeros en aquel lugar illipulitano; y si como es razonable y justo debemos dar crédito a aquellos monumentos, tampoco podrá dudarse que en aquel monte estuvo edificada la población de Illipula. De su categoría y demás circunstancias no hemos encontrado dato alguno; así como tampoco vestigios en aquel cerro que indicasen su situación y que hemos buscado con toda proligidad.

NATIVOLA.

Nativola es otro de los pueblos de más o menos suposición, que se cree haber estado situado en las inmediaciones de Lliberi. Algunos historiadores refieren que en el recinto en que se encuentra edificado por los árabes el alcázar de la Alhambra, existió una población de aquel nombre; y que en el área en que hoy se levanta majestuoso el palacio real, se alzaba un magnifico templo dedicado á Nata, y consagrado después al culto de nuestra religión. Las siguientes inscripciones han sido el fundamento de esta opinión.

Sobre la puerta de una casa inmediata a la torre del Agua se hallaba colocada una piedra, en la que se lee lo que sigue.

SER. PERSIVS OB HONOREM VI VIRIATVS FOR. II BASILII CAI III CONS. I TER BLICII HOSTIVS PECVNIAS VEX V. NAIA DI RESTITVTVS NATAIDI.

El estado de deterioro en que se encontraba no permitía su versión al castellano; así como tampoco la de la que sigue por encontrarse sumamente mutilada en la torre llamada de Comarech.
Y finalmente en las excavaciones que se practicaron para construir la Iglesia de Santa María de la Alhambra, se halló otra lápida de mármol blanco, que después se colocó en la fachada meridional de ella, cuya inscripción es como sigue.

IN NOBIE. DNI. IIIV. XR I. CONSCRAT A.
EST. ECCLESIA. SCI. STEFANI. PRIMI. MARTIRIS.
IN. LOCVM. NATIVOLA. A SCO. PAVLO. ACCITANO.
NON PONFC.

..... AN ANI. WITTIRICI REGS.
ER. DCXLV. ITEM. CONSCRAT A. EST. ECCLESIA.
SCI. IOHANI. MARTIRIS. TE...

ITEM. CONSCRAT A. EST. ECCLESIA. SCI. VINCENTII.
MARTIRIS. VALENTINI. A. SCO. LILLIOLO.
ACCITANO. PONFC.

XI. KAL. FEBR. AN.... GL....DNI. RECCAREDI.
REGS. ER. DC. XXXII.

HEC. SCA. TRIA. TABERNACULA. IN. GLORIAM.
TRINIT....

...... HOPERANTE. SCIS. EDIFICATA SVNT AB.
INL. GVDILA... ..... 

...... VM. OPERAIO. VERNOLOS: ET, SVMTV.
PROPRIO.

Que vertida al castellano apesar de lo defectuosa que se encuentra, dice así.

En nombre de nuestro Sr. Jesucristo, se consagró esta Iglesia á S. Estevan primer mártir en el lugar de Nativola, por Pablo obispo accitano ó de Guadix...... año de nuestro rey Wetanco, era 643 (607 de J. C.) También se consagró la Iglesia de S. Juan mártir. Igualmente la de S. Vicente mártir valenciano, por Liliolo obispo accitano
ó de Guadix en la era 692 (594 de J. C.) Estos tres tabernáculos se construyeron por un noble caballero, llamado Gadilla, en honor de la Santísima Trinidad.

No negaremos la autenticidad de la inscripción, pero no podemos menos de hacer algunas observaciones para las cuales estamos autorizados por las reglas de la crítica. Se nota que Liliolo, obispo de Guadix, consagró las iglesias de S. Estevan y S. Vicente; y consideramos extraño que este prelado viniese por dos veces desde aquella ciudad a autorizar una diligencia religiosa, que por su solemnidad correspondía al obispo de la diócesis iliberitana. No podrá argüirse con la sede-vacante, por cuanto en este caso correspondía al que hiciere sus veces; además de que no faltaron obispos en Iliberi en todo el tiempo a que se construyó la inscripción; pues en el año de 588 fue elegido Pedro cuarto de este nombre; y habiendo muerto en 594, le reemplazó Baddo en el mismo año, que gobernó aquella iglesia hasta el de 608; inmediado de ello que las lápidas pudieron trasladarse de otro punto al lugar en que se encontraron con algún objeto particular. En el caso de darse por cierta la existencia de Nativola, pudiera conjeturarse con algún fundamento perteneciesen a ella los vestigios de edificios que se observan en la parte oriental del cerro del Sol, a los cuales se da por tradición el nombre de Granada la vieja.

VILLA DE LOS JUDIOS.

Todos los historiadores están conformes en la existencia de esta población, a quien los árabes llamaban Garnatbad al Jahud, Granada la de los Judios. Se hallaba situada, según la opinión general, a la parte oriental de Iliberi, en la loma y campo de Albunestó del Príncipe, estendiéndose por todo él hasta Torres-Bermejas, y en parte de lo que antes comprendían las parroquias de Santa Escolástica y San Matías. La época de su fun-
dación es oscura, si bien se sabe que esta colonia era la más antigua en el término de Elvira, como los invasores llamaron a Iliberi; y que á su entrada estaba solo habitada por los hebreos, continuando después como un arrabal de Granada.

TOPOGRAFÍA, CAMINOS, IMPUESTOS, ARQUITECTURA, BAÑOS, MINAS.

Correspondía Iliberi al convento jurídico de Córdoba; se contaba entre las ciudades más distinguidas en tiempo del imperio romano; y se hallaban vecindados en ella familias de alta categoría que vivían en el lujo y la opulencia. Además de las vías generales que comunicaban las principales poblaciones del imperio, y que pasaban por Guadix, Baza y otros pueblos del país ilibertano, existían otras secundarias, de que aún se conservan hoy trozos al cabo de diez y ocho siglo: tales son, los que ponían en comunicación a Guadix y otros pueblos con la Alpujarra y la costa: y el que desde Trevelez se dirige á la cumbre de Sierra Nevada, donde se pierde y se divide en dos ramales, enlazándose con otros que parten desde Valor y Mayrena por el puerto del Lobo, y de Bayarcal por el de la Raguia. Su construcción es bastante sólida y su anchura, demasiado capaz. Además, existen también puentes que indican la dirección de otros caminos del mismo orden, y de que no se encuentran hoy vestigios, como son el de Genil, de origen romano, que daba paso á la Alpujarra y á los pueblos de la costa; y el llamado Puente quebrado sobre el río Darro que comunicaba con Guadix, cuya situación es un comprobante de que en el cerro del Sol, existió una población, cualquiera que fuese su nombre.

Los impuestos se reducían á la vigesima, que consistía en el 5 por ciento de los cereales; las sucesiones, que era otro 5 por ciento de las herencias pingües y que re-
caían en parientes ricos; la renta de consumos, que era el derecho de 1 a 10 por ciento del valor de las ventas de bienes raíces, ó de objetos de abasto; y la de aduanas, por lo que además de un derecho módico en ciertos artículos, los de lujo satisfacían un 50 por ciento, de cuyo modo la industria halló protección, y a su sombra obtuvo algún fomento.

Existían en libreerí templos dedicados al culto, establecimientos públicos, edificios particulares, que eran una prueba incontestable del progreso y buen gusto de la arquitectura romana. También se conocían en aquel tiempo las aguas minerales de la Malá y de Alhama, de las cuales trataremos en otro lugar. Las minas eran otro de los ramos que constituían la riqueza pública y las rentas del imperio.

Cristianismo.

Era el año treinta y ocho de la era española, el cuarenta y dos del imperio de Augusto, y se preparaba una revolución, cuyos efectos influirían considerablemente en el porvenir de los hombres, variarían la faz religiosa de los pueblos, y promoverían el progreso de su cultura. Allá en la Judea había aparecido la antorcha de la verdadera religión en forma visible, el astro vivificador del género humano, la estrella luminosa que debía alumbrar el sendero de la felicidad eterna.

En humilde estancia nació el hombre Dios; la aureola de la cristiandad; el redentor de todos los seres animados, es adorado y reverenciado por reyes y pastores; pero después vivió oscurecido. A los treinta años fue bautizado en el Jordan por el Bautista; se retiró al desierto y ayunó cuarenta días; predicó la verdadera ley en los pueblos de Nazareth, Galilea, Betsaide y Cafarnaum. Ayudado de sus discípulos, propaga sus doctrin...
nas y es perseguido, condenado á muerte y crucificado. Después de esta escena dolorosa sus pobres compañeros se diseminaron para continuar la obra comenzada por su divino maestro. Consagrados obispos de España por San Pedro los discípulos de Santiago, Cecilio, Tesifón, Ilíacio, Torcuato, Segundo, Indalecio y Eufrasio se dirigieron á ella en el año 44 de la era cristiana. Cecilio; que fué el designado para iliberi, principia la predicación de la doctrina evangélica; consigue el des
credito de la idolatría, y establece el cristianismo á costa de derramar su sangre con la gloria del martirio. Se establecen templos dedicados al verdadero Dios, y las costumbres de nuestros pueblos se atemperan á su santa religión. Los sabios cánones del concilio iliberitano, y el teson con que Gregorio el bético se opuso al arrianismo, afirmaron los cimientos planteados por su primer obispo. Síguese una alternativa de protección y persecución á los cristianos, según las ideas religiosas de los soberanos de España; la invaden los africanos, y son tolerados y respetados los dogmas católicos y las iglesias, si bien de resultados de algunas convulsiones políticas en que los mozárabes tomaron parte, fueron perseguidos y espulsos: siguiése nuevamente la tranquilidad y la tolerancia, hasta que conquistada Granada por los reyes Católicos se aseguraron en ella para siempre las doctrinas del nazareno, los dogmas evangélicos.

Noticias estadísticas del reino de Granada después de verificada la conquista en 1492.

Como dejamos dicho en el ingreso de la historia de Granada, desde su conquista no solo principió á desvanecerse su grandezza, su opulencia y su numerosa población, sino la de los pueblos que estaban sujetos á ella. Este descenso continuó por muchos años ya pro-
venido de las guerras que se sostuvieron en el estranjero, ya de la emigración de muchas familias moriscas que prefirieron abandonar su país natal, a verse perseguídas y humilladas; y ya en fin del estado de invasión a que quedaron reducidos todos los elementos de la riqueza pública.

A tan deplorable situación siguióse la completa expulsión de los moriscos, llevada a cabo é todo trance; y sin prever sus desastrosos resultados; los males se agravaron, multitud de poblaciones quedaron abandonadas, que el trascorso del tiempo las redujo á ruinas, y un reino populosso, rico y preponderante, tornose en despoblado y pobre para no volver jamás á su esplendor y grandeza.

Después de la conquista se dió el nombre de reino de Granada, á esta provincia, la de Málaga y Almería; y las tres corrian unidas para lo civil y militar; mas posteriormente se segregó Málaga, erigiéndose en provincia separada, hasta el año de 1822 que también se separó Almería. Esta división continuó hasta que en 1823 por el restablecimiento del antiguo régimen político volvieron á unirse las dos últimas; pero en 1834 se separaron, restituyéndose al mismo estado que en 1822; en cuyo concepto vamos á tratar de ella.

PROVINCIA DE GRANADA.

Situación Topográfica y Confines. — Está situada al mediodía de la península, y confina al N. con la provincia de Jaén; al E. con las de Murcia y Almería; al S. con el mar Mediterráneo; y al O. con las de Málaga y Córdoba.

Limites. — El límite oriental principia en la torre de Guayna, á la margen derecha del río Adra; en el Mediterráneo; y siguiendo su dirección al E. de Turón y O. de Darrical, cruza aquel río en el mismo punto en que lo atraviesa el camino que de Cheríñ se dirige á
Dalias. Sigue al E. de Picena y Laroles, y al O. de Bayarcal con dirección al cerro del Almirez en Sierra Nevada; sigue N. O. del cerro Montayre, y volviendo al N. continua al E. de Huéneja, Charches y Rambla del Agua. Prosigue por la cumbre de la sierra de Baza al mojon de las cuatro juntas, dejando al O. el desierto de Jauca; continua por la cumbre de la sierra de Oriá, cruza la de María, y por su cresta y la del Chirical entra en la de Periáte, por el punto en donde la atraviesa el camino de Huéscar a María; deja al E. el nacimiento del río Cornero y el campo de Veliz Blanco, atraviesa el cerro de Alcatín y pasa por entre la venta de Misena y ermita de Bugéjar, alturas del río Quipar, terminando en el punto en que este río cortaba el límite antiguo de las provincias de Granada y Murcia. El límite septentrional principia en sierra de Frailes, y siguiendo por ella hacia el E., pasa al S. de Alcalá la Real; varia la dirección al N. a coger las vertientes del río Genil, al E. de Cherilla, buscando el origen de los ríos Torcero y Campillo. Pasa al S. del Noalejo, al N. de la Moutilla por entre el nacimiento de los ríos Albuniel y Luchena, vía a buscar el de Benalba, sierra del Rayo, al N. de Domingo Pérez, Guadahortuna, Montegícar, Gobernador, Alamedilla, Dehesas, Manzanos y Freila y dirigiéndose al E. de Hinojares y O. del río de Baza, sigue el mismo rumbo respecto al de Castril, sierras de Sagra y Cálar, hasta concluir en el río Quipar. El límite occidental comienza en el Mediterráneo y torre de Calaturose, sigue por el estribo de sierra Tejea con dirección al N. y después al O. N. O., cogiendo las cabeceras de los ríos de la Miel y Alconcar, al S. de la misma sierra y de Jatar; prosigue al N. por el O. de Alhama, Zafarraya, campos salinas de Loja. Algarinejo y Alomartes hasta encontrar en sierra de Frayles el principio del límite septentrional. El meridional se estiende desde la torre de Guayna en el Mediterráneo hasta la de Calaturose situada al O. de la loma de las Cuadrillas.

CLIMA. En la región meridional se siente una temperatura benigna en el invierno y calida en el estío; en la del centro es templada, aunque no suave como en
la costa; si bien el calor no es tan escesivo; y, en la sep-
tentrional se experimenta mas, el rigor del frio por las
continuas nieves, pero el verano no es tan ardiente co-
mo en las otras dos regiones. En lo general el cielo es
despejado y risueño.

Clasificación. Es provincia maritima; y en la división
civil de la península, está considerada de primera clase.

Montañas. Todas las que se estienden por la provincia,
son emanaciones de la Sierra-Nevada. Esta se halla for-
mada por una cordillera cuyo aspecto imponente y
magnesuoso la hacen ser una de las mas importantes de
Europa. Sobre una multitud de empinados picos cubier-
tos con tintas sombrías de oro y ultramar por la refrac-
tión del sol de occidente; sobre agrestes y profundos
valles regados por vertientes que rapidas se deslizan
de roca en roca, se alzan orgullecidos por la grandio-
sidad de sus formas, por su gigantesca elevación, el Mu-
lahacen y el Veleta, cuyas cúspides de armiñada nieve
forman todo aquel conjunto de la naturaleza el mas
interesante y sublime cuadro. De estas montañas, que
pueden considerarse como el núcleo de otras grandes
proyecciones, que se estienden y raminican en nuestra
peninsula, se desprende una cadena, que tomando direc-
cion al puerto del Lobo, se continua al E. por el cerro
Montavre, hasta los llanos de Almeria: al N. las sierras
del Rayo, Alfacar, Morron, Gér y Baza: al O. se prolon-
gan las de Tejeda y Ronda; y mas distantes las de Ubri-
que y Grazalema; y al S. las de Almijaras, Lujar y Tre-
be. Estas principales cordilleras se van subdividiendo
y tomando diferentes nombres. Se conservan en la parte
interior masas de nieve eterna á la altura de 9737 pies
castellanos. La calidad de aquellas grandes moles puede
considerarse de tres clases. Las cimas centrales y cuya
elevacion escede de 8415 pies se componen de granito y
micáceas, continuan terrenos calizos hasta los 4808; y
por ultimo los de aluvion, en que se encuentran conchas
y otros mariscos.

Hecha, pues, en general esta reseña, vamos á hacer la
descripcion de algunas montañas notables, que en todo
tiempo han sido el especial objeto de la curiosidad del
viagero. El Mulahacen. Esta cima se estiende con un descenso progresivo hasta el Mediterráneo. Su elevación sobre el nivel del mar es de 1826 toésas ó sean 12.782 pies castellanos; ocupando por consiguiente el décimo lugar entre las montañas de Europa. Su horizonte es des- maliado estenso, pero no tanto como el del Veleta, por cuanto este se interponen en una considerable estension a la parte S. impidiendo desde aquel la vista de la costa de Africa. El Veleta. Esta montaña colosal está compuesta de esquistos, micaceas y granito en su mayor altura; mas bajo se hallan brechas calcáreas y criaderos de es- quisitos mármoles. Su cima, que forma una pequeña es- planada; se encuentra rodeada al N. E. y S. por rocas piramidales, que á manera de almenas defienden aquel al- eazar de la naturaleza. Rodeada de nieve por todas par- tes, se hace sentir en ella un frío glacial; y el viento es á veces tan fuerte, que arrojando al rostro partículas de nieve, hace más insupportable su impresión. Su figura imponente indica haberse desprendido de el parte con- siderable, dejando descubierta una brecha de enorme magnitud; y es de notar que desde aquella eminencia, por la dilatación del aire se oye el murmullo del Medi- terráneo, como si se hallara á una pequeña distancia. A cortos pasos de su punto culminante, y en un sitio el más apropiado para descubrir una circunferencia de cuar- renta leguas, se observan ruinas de una atalaya, en que acaso habría colocado una veleta, que diera nombre á aquella elevada cima. En ella vegeta admirablemente la manzanilla real, cuyas flores verdosas y hojas plateadas exhalan un olor sumamente fuerte.

Su altura es de 1780 toésas ó 12.460 pies castellanos; pero apesar de ser mayor la del Mulahacen, desde el pi- cacho de Veleta se descubre un horizonte mas estenso y completo, formando un sorprendente y grandioso pano- rama. Se divisan al N. las sierras de Baza y Segura; al O. las de Tejeda y Ronda; el cerro de San Cristobal junto á Grazalema; mas en lontananza las de Portugal y Estre- madura, y por último Sierra Morena que parece servir de apoyo á la inmensa bóveda céleste; y al S. las de Gador; Lujar, y una parte de la Alpojarra. También se